

LIBROS

ENSAYO-RESEÑA

NO HAY MAL QUE CIEN AÑOS DURE NI CENTENARIO QUE LO RESISTA

José María López Sánchez

Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC

- GONZÁLEZ IBÁÑEZ, Carlos y SANTAMARÍA GARCÍA, Antonio (eds.), *Física y química en la colina de los chopos: 75 años de investigación en el edificio Rockefeller del CSIC (1932-2007)*. Madrid: CSIC, 2009, 462 pp. [ISBN 978-84-00-08780-7].
- LÓPEZ SÁNCHEZ, José María, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Madrid: Marcial Pons – CSIC, 2006, 478 pp. [ISBN 84-00-08463-6 (CSIC) y 84-96467-30-9 (Marcial Pons)]
- MARÍN, Manuela; PUENTE, Cristina de la; RODRÍGUEZ MEDIANO, Fernando y PÉREZ ALCALDE, Juan Ignacio, *Los epistolarios de Julián Ribera Tarragó y Miguel Asín Palacios: introducción, catálogo e índices*. Madrid: CSIC, 2009, 991 pp. [ISBN 978-84-00-08921-4].
- MAINER BAQUÉ, Juan, *La forja de un campo profesional: pedagogía y didáctica de las Ciencias Sociales en España (1900-1970)*. Madrid: CSIC, 2009, 927 pp. [ISBN 978-84-00-08910-8].
- MARTÍNEZ ALFARO, Encarnación, *Un laboratorio pedagógico de la Junta para Ampliación de Estudios: el Instituto-Escuela, sección Retiro de Madrid*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009, 395 pp. [ISBN 978-84-9742-948-1].
- OTERO CARVAJAL, Luis Enrique (dir.), *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*. Madrid: Editorial Complutense, 2006, 365 pp. [ISBN 84-7491-808-1]
- PUIG-SAMPER MULERO, Miguel Ángel (ed.), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*. Madrid: CSIC, 2007, 488 pp. [ISBN 978-84-00-08523-0].

SÁNCHEZ RON, José Manuel y LAFUENTE, Antonio (coords.), *El laboratorio de España: la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1907-1939*. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2007, 631 pp. [ISBN 978-84-95078-58-2].

CASADO DE OTAOLA, Santos, *Naturaleza patria. Ciencia y sentimiento de la naturaleza en la España del regeneracionismo*. Madrid: Fundación Jorge Juan – Marcial Pons, 2010, 379 pp. [ISBN 978-84-92820-10-8].

«Arrancadas de caballo y paradas de burro» reza el dicho que, al parecer, Santiago Ramón y Cajal utilizó en alguna ocasión para definir y resumir la política científica española o la política en España sin más. Prescindiendo de lo que de actual todavía tenga o no dicha definición, corría el mes de enero de 1907 cuando desde el Ministerio de Instrucción Pública se aprobaba un decreto que creaba la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), cuya Presidencia iba a recaer precisamente en don Santiago. Si echamos la vista atrás, fue aquella una verdadera *arrancada de caballo* en lo que se refiere a la inmediata puesta en marcha de una política científica coherente y sostenida en nuestro país. No se equivocaba, sin embargo, nuestro premio Nobel y aunque ya no le tocó vivirlo tuvo aquella arrancada su correspondiente parada de burro con el estallido de la Guerra Civil. Más de cien años han transcurrido después de aquel enero y desde 2007 venimos celebrando los faustos de una institución con enorme relevancia histórica en la España de la primera mitad del siglo XX.

La historiografía española que se ha ocupado hasta ahora del tema ha sido unánime a la hora de reconocer la importancia que la Junta ha tenido en la historia reciente de España. La celebración de su centenario ha contribuido a poner de manifiesto muchos aspectos históricos que marcaron el desarrollo de la JAE y que hasta ahora nos eran desconocidos. Ésta es, junto a la avalancha de trabajos aparecidos en torno a su aniversario, la mejor conclusión que se puede extraer acerca de los progresos realizados por la historiografía que se ha ocupado del tema en los últimos años. Aunque todavía es quizá demasiado pronto para hacer un balance final del 2010, las distintas actividades, publicaciones, conferencias, congresos y demás citas conmemorativas de todo tipo que se sucedieron en el 2007 constituyeron una manifestación sobresaliente de la relevancia institucional que ha alcanzado el centenario de la JAE. Por otra parte, jugamos con estas dos fechas, la de 2007 y 2010, porque ha habido consenso generalizado a la hora de decidir que era éste un centenario de largo recorrido. En efecto, a diferencia de lo que suele ocurrir con esta clase de festejos, que se limitan cronológicamente al año señalado para su celebración, la Junta ha disfrutado, por así decir, de un estatus especial. Pensamos además que con buen criterio, pues de esta forma se da a entender que fue 1910 el año en que se produjo el verdadero despliegue institucional y científico de la JAE. A esta última fecha le debemos, en efecto, los decretos que crearon el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales y la Residencia de Estudiantes en Madrid. Si exceptuamos acaso el Instituto-Escuela de Madrid, fueron aquéllos los organismos más significativos de la labor científico-pedagógica de la Junta y los que la llenaron de contenido.

Un factor institucional que ha desempeñado un importante papel a la hora de gestionar el centenario de la JAE ha sido, el actual Consejo Superior de Investigaciones Cientí-

ficas (CSIC). Organismos como la Residencia de Estudiantes, departamentos como el de Publicaciones e institutos de investigación como el de Historia, adscritos todos ellos al CSIC, han contribuido de manera decisiva a intensificar los trabajos divulgativos o de investigación sobre la Junta para Ampliación de Estudios. A pesar de que la historiografía había rendido algunos fructíferos resultados al conocimiento del desarrollo institucional y científico de la Junta, nos acercábamos al aniversario de esta última sin que todavía muchos de los aspectos más importantes que habían jalonado su trayectoria histórica durante el primer tercio del siglo XX pudieran darse por satisfactoriamente explicados. Las investigaciones más recientes tampoco han logrado limar todas las aristas de una cuestión histórica de tanta envergadura, pero sí es cierto que han representado una decisiva contribución al conocimiento histórico del mismo. Vistos en perspectiva, los estudios clásicos de Laporta, Ruiz Miguel, Zapatero y Solana (1980), encargado por la Fundación Juan March y que ha permanecido además parcialmente inédito salvo por dos extensos artículos en *Arbor* (1987), o el volumen coordinado por José Manuel Sánchez Ron con motivo de un congreso celebrado para conmemorar los ochenta años de la JAE, fueron y todavía son referencia obligada en las investigaciones sobre la Junta¹. Desde entonces se han ido asomando puntual y parcialmente al tema una pléyade de autores que se dedicaron a estudiar aspectos concretos relacionados con las actividades de la Junta. Las líneas de investigación exploradas por estos estudios podían concretarse, a grandes rasgos, en el siguiente esquema: Los trabajos que centraron su atención en la política de pensiones de la JAE; las monografías dedicadas a la labor pedagógica de un organismo que creó tanto la Residencia de Estudiantes y de Señoritas como el Instituto-Escuela de Madrid; las biografías de protagonistas de la Junta (el caso más paradigmático ha sido el de su Secretario José Castillejo), y, finalmente, las aproximaciones a aspectos parciales relacionados con la labor científica de los laboratorios y los centros de investigación de la JAE. En este último caso han sido abrumadoras las investigaciones dedicadas al desarrollo de la biología y la biomedicina (Cajal y su escuela), seguidas de otras aportaciones menos numerosas, pero que han contribuido a esclarecer bastante el panorama de las ciencias físico-químicas, las matemáticas y las disciplinas naturales en la España del primer tercio del siglo XX.

En 2007 había que celebrar, por tanto, el centenario de una institución sobre la que había recaído la responsabilidad de establecer una moderna política científica en España. Sin embargo, nuestros conocimientos históricos acerca de la misma eran muy desequilibrados. Los retos se antojaban considerables, ya que la JAE encarnó, como quizá ninguna otra

¹ Son estos trabajos LAPORTA SAN MIGUEL, F.J.; SOLANA, J.; RUIZ MIGUEL, A.; ZAPATERO, V.: *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-1936)*. Madrid, (trabajo inédito financiado por la Fundación Juan March), vols. I-IV, 1980; LAPORTA, J.; RUIZ MIGUEL, A.; ZAPATERO, VIRGILIO; SOLANA, J.; RODRIGUEZ DE LECEA, T.: *Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios en Arbor*, CXXVI/493 (1987), pp. 17-87; LAPORTA, Fco.; RUIZ MIGUEL, Alfonso; ZAPATERO, Virgilio; SOLANA, Javier y RODRÍGUEZ DE LECEA, Teresa: *La Junta para Ampliación de Estudios (2ª parte) en Arbor*, CXXVII/499 (1987), pp. 9-137 y SÁNCHEZ RON, J.M. (Coord.): *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después. Simposio Internacional, 15-17 de diciembre de 1987*. Vols. I-II, Madrid, CSIC, Madrid, 1988.

institución de su época, el espíritu de lo que ha venido en llamarse la Edad de Plata de la ciencia española. La Junta impulsó de manera decisiva el desarrollo de la ciencia moderna en la encrucijada del cambio de siglo, cuando había sobradas pruebas del desfase que venían arrastrando desde la centuria anterior las estructuras académicas españolas en comparación con sus homólogas en los países europeos que caminaban al frente del desarrollo científico. La sempiterna escasez de recursos públicos, a raíz del escaso desarrollo económico del país y el anquilosamiento de las estructuras universitarias hacían prácticamente inviable la investigación científica. Las excepciones que existieron, y de las cuales Santiago Ramón y Cajal constituyó la figura más descollante, fueron posibles merced a una férrea voluntad, capaz de imponerse a la penuria de medios, habilitando laboratorios privados en los que desarrollar sus investigaciones. Una situación insostenible cuando la ciencia había adquirido velocidad de crucero, para cuyo avance eran precisos recursos e instalaciones y no sólo inteligencia. Por el contrario, la JAE fue capaz de reunir en sus institutos de investigación, el Centro de Estudios Históricos y el Instituto Nacional de Ciencias, a la flor y nata del mundo científico e intelectual español hasta el punto de convertirla en un organismo que impactó con insospechada fuerza en el devenir de la España contemporánea.

Precisamente uno de los temas que había permanecido, si no inexplorado, sí mal conocido había sido el de los institutos de investigación que la Junta había creado en 1910. Ni el Centro de Estudios Históricos ni el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales contaban con monografías individuales que hubiesen abordado desde una perspectiva de conjunto su desarrollo institucional. La mayor parte de las investigaciones habían tratado, y sólo parcialmente, el desarrollo individual de las disciplinas científicas en la España del primer tercio del siglo XX. Por lo que al Centro de Estudios Históricos se refiere, la primera aproximación con carácter extenso data del 2002, año en que se publicó un libro coordinado por Consuelo Naranjo, Miguel Ángel Puig-Samper y María Dolores Luque, cuyo título rezaba *Los lazos de la cultura: el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*. Se trata de una edición conjunta entre el CSIC y la Universidad de Puerto Rico que analiza con sumo detalle las relaciones científicas establecidas por el Centro de Estudios Históricos y el recinto universitario en Río Piedras (Puerto Rico). Esta obra es la primera investigación que nos presentaba la red tejida por la JAE, en concreto por el Centro de Estudios Históricos con Ramón Menéndez Pidal al frente, en América Latina, en este caso con Puerto Rico. En 2006 se daba un paso más con la aparición de *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*, un libro fruto de una tesis doctoral que aspiraba a llenar algunos huecos sobre el desarrollo de las ciencias humanas españolas en el primer tercio del siglo XX. *Heterodoxos españoles* es el resultado de una larga investigación sobre un espacio académico que ocupa un lugar propio en la historia intelectual de la España del siglo XX. El Centro de Estudios Históricos buscó poner en marcha un moderno sistema de investigación científica en un país que en este terreno acumulaba un considerable retraso con respecto a sus referentes europeos. A través del mismo se introdujeron corrientes de pensamiento en el campo de la filología, la historia, el arte, la arqueología y las ciencias jurídicas que fueron utilizadas después para penetrar en las formas de vida y cultura hispanas, un programa intelectual orientado en última instancia a la regeneración del país. Este libro explora los éxitos y fracasos de una empresa intelectual característica de la llamada Edad de Plata de la cultura española.

La actividad científica del Centro de Estudios Históricos ha sido reconstruida, desde entonces, por trabajos parciales de gran valor historiográfico. Destaca, sin duda, un mag-

nífico estudio publicado en el año 2008 sobre el americanismo del Centro y que acabó dando lugar a una edición facsímil de la revista *Tierra Firme*, precedida por un extraordinario estudio introductorio de Salvador Bernabéu Albert y Consuelo Naranjo Orovio². Con todo, no han sido los estudios americanistas la única disciplina rescatada del Centro de Estudios Históricos por el trabajo historiográfico; el arabismo ha sido asimismo objeto de un reciente esfuerzo publicado, en el año 2009, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas: *Los epistolarios de Julián Ribera Tarragó y Miguel Asín Palacios*, un enjundioso libro realizado por Manuela Marín, Cristina de la Puente, Fernando Rodríguez Mediano y Juan Ignacio Pérez Alcalde. Las cartas cruzadas por sus protagonistas son el hilo conductor de una obra que cuenta con una buena introducción histórica que nos acerca al significado que los estudios arabistas habían tenido en España hasta la fundación del Centro de Estudios Históricos y las peripecias que aquéllos vivieron dentro y fuera del mismo hasta después de la Guerra Civil.

Con ser el Centro de Estudios Históricos el instituto de investigación que quizá una mayor atención ha recibido por parte de los especialistas, otros organismos regentados por la Junta no se han visto privados de nuevos trabajos reveladores de su valía científica y pedagógica. Este es el caso del Instituto Nacional de Ciencias, acerca del cual esperamos contar muy pronto con un estudio monográfico que completaría lo ya hecho por *Heterodoxos españoles* con su contraparte humanística. En todo caso, muy reciente es también el volumen coordinado por Carlos González Ibáñez y Antonio Santamaría García titulado *Física y Química en la Colina de los Chopos*. Se trata de un homenaje al edificio Rockefeller tras setenta y cinco años de investigación desde su fundación en 1932 bajo el auspicio de la JAE y su posterior incorporación al CSIC. Sus primeros capítulos nos acercan a las peripecias de su fundación y primeros años de desarrollo de un ambicioso instituto de investigación científica dedicado a dos disciplinas que hasta entonces habían tenido muchas dificultades para su implantación profesional en España, la física y la química. Otra de las instituciones creadas por la Junta y que ha merecido nuevos trabajos de investigación ha sido el Instituto-Escuela, para el que encontramos un reciente estudio de Encarnación Martínez Alfaro, editado por Biblioteca Nueva en el 2009 y titulado *Un laboratorio pedagógico de la Junta para Ampliación de Estudios: el Instituto-Escuela, sección Retiro de Madrid*. Este libro aporta una visión novedosa, la de contemplar este centro como un laboratorio pedagógico, y renueva el clásico trabajo de Luis Palacios Bañuelos, escrito en 1988.

Ahora bien, el verdadero pistoletazo de salida para la avalancha de trabajos dedicados a la JAE fue naturalmente el año mismo de su centenario. Es entonces cuando alcanzó especial relevancia la acción institucional del CSIC, volcándose fundamentalmente en la programación de actividades y en la edición de trabajos. Por lo que a estos últimos se refiere, dos formatos han condensado el núcleo fundamental de contribuciones dedicadas a la investigación y divulgación de temas relacionados con la Junta para Ampliación de Estudios. Uno ha sido el de los números monográficos de revistas científicas, mientras el otro ha correspondido a la edición de libros coordinados en los que primó un criterio

² BERNABÉU ALBERT, Salvador y NARANJO OROVIO, Consuelo: *Tierra Firme: edición facsímil de la revista de la sección hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos*. Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-CSIC-Residencia de Estudiantes, 2008.

generalista. Empecemos por estos últimos, donde dos volúmenes coeditados por el CSIC y otras sociedades e instituciones culturales sobresalen a la hora de presentarnos visiones de conjunto sobre la historia de la JAE. El primero es *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, 100 años de ciencia en España*, un ingente trabajo cuya coordinación corrió a cargo de Miguel Ángel Puig-Samper. Se trata de un libro que recopila con excelente criterio una amplísima nómina de especialistas en los diferentes protagonistas, instituciones y políticas científico-pedagógicas de la Junta y del CSIC. Es precisamente por esto último que esta obra adquiere un valor especial, por su capacidad y virtud para conectar con los orígenes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y con nuestro presente. La génesis del CSIC es un tema que plantea todavía grandes incógnitas al conocimiento histórico por estar bastante inexplorado, casi virgen, y es ahí donde *Tiempos de investigación* ofrece posibles líneas para el desarrollo de trabajos venideros. El resultado final es también un sobresaliente recorrido por la política científica en España durante el siglo XX. La otra gran monografía colectiva sobre la JAE es *El Laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1907-1939*, un volumen coordinado por José Manuel Sánchez Ron y Antonio Lafuente. En este caso estamos ante un proyecto restringido cronológicamente a los años de vida de la Junta. La obra es producto de un congreso y una exposición celebrada en la Residencia de Estudiantes sobre la JAE y está volcada en poner de manifiesto el proyecto de modernización que la Junta representó para España a través de una acción práctica consistente en potenciar la investigación, la educación y la cultura. Si en *Tiempos de investigación* las colaboraciones tienen un carácter más bien breve, a medio camino entre investigación y divulgación, en *El Laboratorio de España* se buscó potenciar reflexiones más generales sobre aspectos concretos que marcaron la vida institucional y científica de la Junta: las investigaciones sobre la naturaleza patria, la internacionalización de la JAE, algunos laboratorios de investigación o la política pedagógica, entre otros. En definitiva, dos libros llamados a ser visita obligada para quienes continúan trabajando en cualquiera de los temas que afectan a la Junta para Ampliación de Estudios.

Pero como señalábamos más arriba, la eclosión historiográfica que experimentó el estudio de la Junta difícilmente se comprendería si no detuviésemos nuestra atención en los números monográficos dedicados a la JAE por algunas revistas científicas. Aunque vamos a tener ocasión de comprobar que no fueron las únicas, han sido empero las publicaciones periódicas del CSIC las que han acreditado un mayor interés por lanzar al ruedo historiográfico temas novedosos. Destaca por la originalidad del tema elegido el volumen coordinado por Consuelo Naranjo Orovio en *Revista de Indias* (número 239, 2007) y dedicado a la memoria, la política y la acción cultural de la Junta en América Latina, un escenario en el que la JAE se prodigó con regularidad. Consuelo Naranjo, que junto a Miguel Ángel Puig-Samper y María Dolores Luque había editado el volumen ya mencionado sobre relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos y la Universidad de Puerto Rico, fue capaz de reunir a un grupo de investigadores que nos transportan a diferentes escenarios americanos donde se rastrea la acción cultural de la Junta y nos anticipan los caminos que sirvieron de redes y lazos a los exiliados republicanos tras la Guerra Civil, aquella JAE peregrina como la definió Francisco Javier Dosil en este mismo volumen. Este monográfico, su antecedente y el estudio introductorio a *Tierra Firme* son imprescindibles para conocer el impacto del hispanoamericanismo en y desde la JAE,

así como la acción cultural de la Junta en un área geográfico-cultural tan importante para España. Igualmente productivo fue el dossier coordinado por José Luis Peset y Rafael Huertas en la revista donde aparecen ahora estas reflexiones, *Asclepio* (volumen LIX/2, 2007), dedicado al centenario de la JAE. En este dossier cobraron especial protagonismo los laboratorios científicos de la Junta y no exclusivamente los dedicados a ciencias naturales. En él se repasa con especial interés, como es obvio, la trayectoria de las neurociencias, la genética, la psicología, la fisiología o la evolución humana en los institutos de investigación sostenidos por la Junta, pero hay también espacio para la fonética experimental de Tomás Navarro Tomás, la influencia de la política de pensiones en la posterior trayectoria del CSIC o las redes tendidas por la Junta para el exilio científico republicano. En resumen, como señalan Peset y Huertas en su presentación, «se han tenido en cuenta tanto las orientaciones institucionales, como las realizaciones científicas».

Con ser el más importante, no fue el ámbito institucional del CSIC el único donde nos es posible encontrar monográficos de revistas dedicados al centenario de la Junta para Ampliación de Estudios. *El Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (números 63-64, 2006) destinaba dos números de su serie al aniversario de la JAE. En ellos tuvieron cabida temas muy variados, pero cuyo hilo conductor nos lleva al papel desempeñado por la JAE en los proyectos de modernización del país (política científica, pensiones, la enseñanza de la mujer, instituciones pedagógicas y ciencias biomédicas, entre otros). Dotado de un tono más clásico, pero repaso sobresaliente del significado de la Junta, es el número 14 de *Circunstancia*, la revista de ciencias sociales de la Fundación José Ortega y Gasset, coordinado por Javier Zamora Bonilla en septiembre de 2007. De tono voluntarioso y divulgativo por su contenido, a pesar de su aparato crítico, podría definirse asimismo el número de la *Revista Complutense de Educación* (vol. 18, n.º 1, 2007).

En todo caso, si el escenario historiográfico que hasta ahora hemos reseñado podría calificarse de satisfactorio, lo es mucho más debido a la aparición de toda una serie de trabajos que han ensanchado sobremanera el espacio temático vinculado a la Junta para Ampliación de Estudios. Esta es una de las mayores virtudes que la historiografía reciente ha sabido explotar y sobre la que convendría seguir dando pasos hacia delante. Los nuevos intereses de los historiadores parecen radicar en aquellos aspectos de la historia de la Junta que desempeñaron un papel en procesos históricos de recorridos más amplios o no directamente relacionados con ella, si bien siempre próximos. En un reciente libro de Álvaro Ribagorda (2009) se trata a los laboratorios y centros de la Junta, como su propio título indica, en calidad de *Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)*. Ahora bien, uno de los trabajos historiográficos que, en los últimos años, más ha contribuido a esclarecer nuevos episodios de la historia de la ciencia en España ha sido, sin duda, el libro dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal (2006) y cuyo título casi nos ahorraría todo comentario, *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*. Otero Carvajal logró reunir un equipo de investigación que llevó a cabo un concienzudo y detallado trabajo sobre lo que significó el proceso depurador del cuerpo docente universitario de la Universidad Central de Madrid durante la posguerra. Este libro deja pocas dudas acerca del hecho de que las bases ideológicas y jurídicas que justificaron la depuración se constituyeron sobre un maniqueísmo en el que la Junta para Ampliación de Estudios fue estigmatizada como

enemigo de los postulados esenciales sobre los que las nuevas autoridades académicas del franquismo iban a construir el sistema científico español de la posguerra. Es un jalón fundamental dentro de la línea de investigación que el equipo encabezado por el Profesor Otero Carvajal viene sosteniendo sobre el mundo académico del primer franquismo y que promete seguir ofreciendo resultados en este terreno.

Otro gran esfuerzo historiográfico es el libro de Juan Mainer Baqué titulado *La forja de un campo profesional. Pedagogía y Didáctica de las Ciencias Sociales en España (1900-1970)*, editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 2009. Se trata de un trabajo exhaustivo en el que muy pocos detalles quedan al margen y en el que el autor nos abre las puertas a temas tangentes a la JAE. Juan Mainer nos hace ver que la Junta fueron sus centros, pero también algo más en relación con su tema de investigación. Esta última nos sumerge en los apasionantes mecanismos que contribuyeron a la formación de un campo profesional y académico todavía hoy en construcción, el de la Didáctica de las Ciencias Sociales. Desde posicionamientos historiográficos comprometidos con el pensamiento crítico de Foucault, Bourdieu y la sociología o historia social marxista, Juan Mainer desentraña la constitución de una profesión y de los elementos discursivos que la forjaron. El autor centra su atención fundamentalmente en la Didáctica de la Geografía y la Historia y, para el caso que aquí nos ocupa, nos desvela el papel desempeñado por la Junta para Ampliación de Estudios a través de sus corporaciones más importantes en este proceso (el Centro de Estudios Históricos, el Instituto-Escuela y la política de pensiones). Su autor se enfoca, sobre todo, en su papel como agencia productora de una tradición discursiva que trató de protagonizar la transición desde un modo de educación tradicional-elitista a otro modo de educación tecnocrático de masas capaz de responder a las demandas de una sociedad en transición y transformación como la española del primer tercio del siglo XX. Por último, y esperando a las novedades que nos pueda aún traer el 2010, este año ha aparecido un nuevo libro de Santos Casado de Otaola con el título *Naturaleza patria. Ciencia y sentimiento de la naturaleza en la España del regeneracionismo*, coeditado por la Fundación Jorge Juan y Marcial Pons, que explora temas en los que este autor viene demostrando su competencia desde hace años. En *Naturaleza patria* la JAE y sus precursores institucionistas aparecen, como los buenos actores secundarios, cuando su presencia se hace imprescindible para explicar determinados actos del drama. Casado nos presenta una naturaleza asociada a los discursos de degeneración y regeneración, en los que las instituciones y los protagonistas de la Junta desempeñaron un papel fundamental en la construcción científica e identitaria de una naturaleza nacional.

En resumen, la celebración de aniversarios o centenarios de distintas efemérides e instituciones históricas ha llenado parte del considerable crecimiento de la historiografía española durante las últimas décadas. Una parte considerable de estos festejos han contribuido al desarrollo de ejercicios histórico-memorísticos que, con mayor o menor fortuna, representan casi siempre un saludable viaje en el tiempo. La relevancia histórica de la Junta para Ampliación de Estudios nos era ya conocida antes de que en 2007 se uniera a la lista de actores históricos homenajeados, pero el propio hecho de celebrar este «centenario largo» ha de reforzar esa idea de que es saludable para una sociedad como la española afrontar los retos de rememorar y analizar los episodios de su pasado e integrarlos en el acervo común de su historia. Si no se cae en una estéril ideologización de los

mismos y aunque en ocasiones hayan pecado de ditirámicos, los faustos conmemorativos de las últimas décadas deberían contribuir de manera positiva a un mejor conocimiento de nuestro pasado. En verdad hay que reconocer que la madurez de un bagaje historiográfico no debe medirse exclusivamente por su capacidad para organizar actos y festejos conmemorativos, sino por su fortaleza a la hora de alumbrar, antes y después de los aniversarios, las áreas oscuras del conocimiento histórico. El caso que nos ocupa, el de la Junta para Ampliación de Estudios, comparte afortunadamente buena parte de estas últimas directrices.

El último bloque de obras que hemos reseñado constituye un excelente ejemplo de por donde ha de caminar la historiografía que en el futuro se enfrente a los retos que aún quedan por desentrañar en la historia y configuración de la Junta para Ampliación de Estudios. El año 2010 promete rellenar con nuevos trabajos algunos espacios en blanco que ofrece la historia de la JAE. En este sentido es casi segura la aparición de nuevas monografías sobre la Residencia de Estudiantes, que celebren su aniversario, pero tanto más novedoso y original se nos antoja un anunciado estudio, amplio y completo, sobre el Instituto Nacional de Ciencias de la Junta. Si hasta ahora no teníamos más que investigaciones parciales al respecto, este nuevo trabajo ofrecerá, partiendo de los clásicos de nuestra historiografía, renovadas perspectivas acerca del desarrollo de las ciencias naturales, biomédicas y físico-químicas, contemplándolo en el marco institucional y científico de la Junta. Es lamentable la pertinaz ausencia de una investigación de conjunto que permitiera al Instituto Nacional de Ciencias contar con un estudio monográfico como ya tiene el Centro de Estudios Históricos. Confiemos en que todo ello servirá para completar un trabajo histórico que ha conseguido resultados más que satisfactorios en lo que se refiere al esclarecimiento del significado y la relevancia de la Junta para Ampliación de Estudios en nuestra historia contemporánea.

En definitiva, el aniversario de la JAE no debería quedarse en una mera autocomplacencia sobre lo que las investigaciones acerca de esta institución y su calado histórico han logrado hasta ahora. No sería sino un grave error el dormirnos en los laureles. En este sentido, conviene defender una cierta continuidad en la investigación histórica una vez que hayan pasado los efluvios más intensos de estos festejos. Lo que hasta ahora se ha hecho ha merecido, en términos generales, la pena y la historiografía española puede estar satisfecha por ello. Bien es verdad que no todas las contribuciones han gozado de la originalidad necesaria y, en no pocas ocasiones, nos hemos dedicado a dar vueltas alrededor de cuestiones ya aclaradas o cuya trascendencia es, cuando menos, dudosa, pero la tónica general ha seguido otros derroteros, los de la apertura de nuevos espacios en los que la historiografía podrá seguir aumentando su caudal de conocimiento histórico. En el horizonte más inmediato se dibujan ya algunas líneas de desarrollo historiográfico en torno a las cuales se han empezado a dar con paso certero los primeros avances en un terreno que promete ser fértil. Nos estamos refiriendo, entre otras, a las investigaciones que tienen por objeto la configuración del mundo académico y científico de la inmediata posguerra franquista.

Ésta podría ser una de las líneas de trabajo más provechosa durante los próximos años. La Guerra Civil desarboló los fundamentos del sistema científico que la JAE había sentado a lo largo de las décadas anteriores. Las bases ideológicas y culturales de la dictadura del general Franco representaron un retroceso de alcance histórico para el frágil

entramado científico español. Los trabajos sobre la política cultura franquista nos han mostrado los nuevos rumbos seguidos por la intelectualidad vinculada al régimen. La España de 1939 fue, en verdad, la de los campos de concentración, las cárceles concurridas de presos republicanos y el comienzo de una brutal represión político-militar. Pero el cuerpo social del país también tuvo que hacer frente, en el terreno académico, a las consecuencias derivadas de la depuración universitaria, la disolución de la Junta para Ampliación de Estudios, el exilio de un gran número de científicos e intelectuales y la configuración de un nuevo sistema científico en torno al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Este último organismo asumió la responsabilidad de poner en marcha una política científica que heredaba en gran medida la estructura institucional desarrollada por la JAE, pero cuyas bases ideológicas se erigían sobre un nuevo programa intelectual que pretendía romper con el pasado liberal y republicano. El CSIC fue también el responsable de gestionar nuevos institutos de exploración científica y aspiró, en detrimento de la universidad, a un monopolio de las tareas de laboratorio e investigación. Esta línea de investigaciones se acompaña además con los esfuerzos que desde un punto de vista más general vienen registrándose en la historiografía española más reciente por sacar a la luz las repercusiones políticas y sociales del triunfo franquista. En este terreno y más allá de las principales referencias bibliográficas que hemos ofrecido en estas páginas, nos consta que existen grupos de investigación histórica e historiadores comprometidos con el desarrollo de proyectos de trabajo que pretenden explorar estos aspectos de nuestro pasado. Lo único que podemos esperar es que dichos esfuerzos se vean coronados por el éxito, pues desentrañar nuestra herencia histórica nos ayudará a conocernos mejor a nosotros mismos. No es éste un reto inútil ni tampoco constituye, como algunos colegas de profesión han osado afirmar de forma temeraria y sorprendente para un historiador, un pasado que no nos interesa revisitar. Componendas ideológicas a un lado, lo menos que se puede y se debe exigir a nuestros historiadores es que atiendan, como es pertinente, a su oficio. Lo contrario sería hacerle un flaco favor a nuestra historia y alimentar un mal, el de la ignorancia histórica, que no podría volver a durar otros cien años ni habría centenario que lo soportara.